Animal print

Irene Cuevas

RESERVOIR
BOOKS

Animal print

En la noche de los disfraces, los animales salen a la calle. Te has vestido con un pijama que tiene forma y cabeza de leopardo. Vas a una fiesta de una chica de tu clase. Una chica rubia y sonrisa tímida a la que conoces bien poco. En otra época hubieras preferido llevar otro disfraz, quizá un parche de pirata o un sombrero de cowboy, pero estás en esa edad en que te has empezado a sentir atraída por otras chicas de tu clase y no quieres intimidarlas. Elegiste el pijama con tu madre para asegurarte de que era agradable y bonito.

Una vez soñaste que un tigre te devoraba. Estuviste tres meses sin poder dormir porque el tigre se encargaba de regresar e intentaba cazarte. El psicólogo te dijo que el tigre eras tú misma. Al llegar a casa te miraste al espejo y ensayaste un rugido. Le pudiste dar la vuelta al sueño y desde hace años caes en la noche sin despertar. Ahora miras las manchas negras de tu pijama y te parecen inofensivas. No sabes cómo has llegado a tener miedo de alguien como tú misma, pero lo cierto es que lo tuviste.

Bajo la capucha del pijama tus ojos se dibujan suaves y enigmáticos. Algo de felino siempre han tenido, por herencia de tu padre.

Los labios son herencia de tu madre, carnosos, que nadie ha podido llegar a probar nunca. Estuviste a punto de besar a una chica, era tu mejor amiga, habíais bebido y os estabais acariciando, pero en el último momento tu amiga se asustó. Te mordiste con fuerza y llegaste a casa con el labio ensangrentado. Luego ya no volvisteis a hablar y a veces la veías con su nuevo novio pasear por el instituto. En esa época empezaste a soñar con un gato negro. El psicólogo te dijo que el gato negro era tu amiga y desde entonces cruzas siempre la calle cuando ves pasar un gato a tu lado.

Aún quedan restos de nieve en las aceras y en los jardines, pero vas envuelta en tu pijama y te sientes cómoda ahí dentro. Cerca de la casa de la chica te paras y ensayas un rugido. Los rugidos de los leopardos no son como los de los tigres, son más rápidos, veloces. Tensas las cuerdas de tu garganta y sacas algo profundo y convincente, un sonido que haría temblar a cualquiera. La pena es que no haya nadie en la calle para escucharlo. Te entra un escalofrío. A la fiesta van a ir varias chicas que te gustan y no quieres parecer intimidante. Quisieras ser el animal al que se abracen todas. Es un pijama bonito e inofensivo. Quisieras decirles con él que eres una chica bonita e inofensiva.

Sigues andando entre las verjas de las casas y los matorrales, y decides ensayar ahora un ronroneo. Sabes que los leopardos no son del todo como los tigres, que hay algo en ellos que podría resultar tranquilizador. Es un gesto delicadísimo, digno de ser observado, aunque tampoco haya nadie en la calle para verlo. Te tocas la oreja del pijama y luego restriegas tu cabeza en el hombro y cierras los ojos. Estás tan a gusto acariciándote que pasa un buen rato hasta que dejas de hacerlo. Cuando abres los ojos te encuentras con la mirada de una chica vestida de gata que te observa curiosa a poca distancia. Te quedas paralizada. No sabes qué hacer. Podrías salir corriendo o asustarla. Pero no haces ninguna de las dos cosas. A cambio, te acercas a ella despacio y restriegas tu cabeza sobre su hombro. Luego abres la boca temblorosa, con cuidado de no hacerle ningún daño todavía.

Los conejos siempre mueren

1. Conejos y serpientes

Una serpiente de cascabel. La piel escamada resplandeciendo bajo el sol. La serpiente acercándose a un conejo blanco.

La pantalla se refleja en mis pequeños ojos de niña, hay una música estridente, un crujir de ramas y unos tambores. Sé lo que va a ocurrir, uno de los dos morirá. En mis oídos retumba el serpenteo. Mi madre está acostada con el mando de la tele encima de la abultada tripa y, de repente, la tele se apaga. Todo es vaciado en la negritud de la pantalla. Como en un resorte, giro la cabeza hacia mi madre:

Quita esa mirada, me asusta, me dice. No sé de dónde sacas esa mirada inquisitiva.

¡Quería saber qué ocurría con el conejo!

Así que es eso, quieres saber qué ocurre con el conejo. Te lo diré, Clara. Los conejos siempre mueren.

Al tiempo tenemos un conejo. Lloro mucho cuando nace mi hermano porque él no para de llorar. Más tarde, cuando le intento dar

la mano y él me la rechaza, me entero de que es ciego. Pero antes de todo eso mis padres me compran el conejo. Uno de esos conejos blancos y peludos que son como la mayoría de los conejos occidentales. Los primeros días duermo con él, como con él. Y una mañana lo llevo al colegio escondido.

En el recreo lo saco de la mochila. Llamo a las otras niñas, unas niñas rubias, cristalinas e irritantes, para que vean al conejo. Una de ellas dice que tiene un perro, que su perro es tan grande que podría comerse a mi conejo. Le digo que si es tan grande también podría comérsela a ella. Y es así como me peleo por primera vez. Vuelvo a casa con un tirabuzón arrancado y el conejo en la mochila.

Del conejo aprendo muchas cosas: aprendo a saltar y a mordisquear la comida despacio, a esconderme tras las puertas, a esquivar personas. Y, cuando nace mi hermano y yo lo intento tocar y él se asusta y mi madre me dice «Clara, el hermanito es ciego», aprendo también que él no me mirará nunca con los ojos con los que me mira el conejo.

En el colegio las cosas se intensifican. Las amigas de la niña rubia *arrancatirabuzones* me dan la espalda. El patio se vuelve un territorio hostil, el preámbulo de una guerra. Alguien le chiva a la niña rubia *arrancatirabuzones* que mi hermano es ciego y, cuando la niña rubia me ve, cierra los ojos y sonríe. Es así como me peleo por segunda vez. Esta vez soy yo la que le arranca un mechón de pelo a la niña rubia. Lo llevo a mi casa y lo guardo en un cajón como un trofeo.

Casi todo lo que hago en el día se lo cuento al conejo, que me mira sin parpadear. Luego jugamos a que nos perseguimos. Primero yo lo persigo a él y después él a mí. Damos vueltas por la habitación

hasta que caigo mareada. Sobre la cama veo el techo girando y pequeñas interrupciones blancas. Pero nunca caigo en el agujero.

En el colegio aún me queda una amiga. Se llama Brenda y es dominicana. Decido que no necesito ninguna amiga más porque Brenda es todo lo que quiero tener cerca. Tiene un diente partido que yo miro con adoración. Se lo rompió cuando salieron corriendo de su casa en Santo Domingo para coger el avión que los traería. Era una mañana clara, hacía mucho calor, llegaban tarde porque se habían dormido y los billetes no eran reembolsables, la humedad se pegaba a su frente. Se soltó de su madre y se escurrió. La mitad del diente se quedó allí. En la tierra. Algún día volverá por él y quizá hayan nacido plantas con dientes. Imaginamos la sonrisa de las plantas y nos reímos, porque se parece mucho a la sonrisa desgastada de las otras niñas.

El cuerpo de mi hermano va creciendo. Mi cuerpo va creciendo. El cuerpo de mi madre va creciendo y luego se divide. Y tengo otra hermana que nace con los ojos resplandecientes. Y mi hermano cumple cinco años y anda, habla y sonríe y reconoce mi voz cuando me tiene cerca. Así que empiezo a contarle cuentos para que pueda imaginar cómo es el conejo que tanto acaricia.

Conozco una historia –me la ha contado Brenda– de un conejo dominicano. Había emigrado y se sentía extraño rodeado de conejos blancos. Un día la serpiente-policía de Estados Unidos lo atrapa y lo mata. Se abren las madrigueras, empiezan a salir todos los conejos dominicanos, el mundo se llena de preciosos conejos dominicanos. Hay fuego. Las serpientes mueren.

Mi hermano aplaude porque, aunque no las ha visto nunca, es enemigo de las serpientes.

Cuando Brenda cumple trece años celebra una fiesta en su casa. Ahora nuestro grupo se ha ampliado: está Jan, que es una chica a la que conocimos en clases de danza contemporánea, y también Ramón, que es un chico que toca el saxo y del que todas estamos enamoradas. Comemos arroz, habichuelas y carne con los cuatro hermanos de Brenda.

En la habitación que comparte con sus hermanas, Brenda nos enseña a Ramón, Jan y a mí unas revistas *Playboy* que le ha robado a su hermano mayor. Kate Moss sale en la portada, vestida de conejita. Lleva unas orejas negras y un biquini negro con un pompón blanco. La abrimos y nos reímos escandalosamente con las fotos de los desnudos, aunque por dentro estemos excitados.

Cuando vuelvo a casa soy incapaz de acariciar al conejo. Pero voy corriendo a contarle una historia a mi hermano:

Conozco una historia de una coneja blanca. Era tan atractiva que se hizo modelo. Tuvo que adelgazar mucho para acudir a todas las pasarelas y entrar en los trajes. Las serpientes-jefes del mundo de la moda la atraparon, la explotaron y acabaron con ella. Las madrigueras se abrieron, empezaron a salir todas las conejas a exigir derechos para las conejas. Hubo fuego. Las serpientes-jefes fueron destituidas y ahora están en la cárcel.

Mi hermano no aplaude porque hubiera preferido que las serpientes murieran.

Uno de los siguientes días, debe de ser primavera, estamos tumbados sobre el césped de un parque viendo vídeos en nuestros móviles y Ramón nos dice que tiene que contarnos algo. Yo estoy tumbada sobre su estómago y noto cómo la respiración se le acelera. Me incorporo. Todas lo miramos. Ramón nos dice que el día de la revista *Playboy* y las fotos de Kate Moss no sintió nada, que ni siquiera se excitó un poco, y que le gusta un chico que toca el cla-

rinete. Alrededor se crea un silencio y casi se puede escuchar el repentino vacío que se genera en nosotras, una especie de latido en seco, un corazón que deja de latir, ese pinchazo, pero de inmediato también la euforia por ser rechazadas en grupo. Como si quisiéramos despedir al único hombre nuestro, la última posibilidad de encontrar el amor, empezamos las tres a besarlo en el cuerpo.

Hay una historia –le cuento a mi hermano cuando vuelvo a casa– de un conejo. Siempre le habían educado para que le gustaran las conejas y aun así el conejo se enamoró de otro conejo. Las serpientes-padres lo llevaron a terapia. No era posible que su hijo se hubiera enamorado del género equivocado. Las serpientes-terapeutas violentaron y maltrataron al conejo, hasta que el conejo terminó suicidándose. Se abrieron las madrigueras, todos los conejos enamorados de otros conejos y las conejas enamoradas de otras conejas salieron a la calle. Hubo fuego. Las serpientes-padres terminaron en la cárcel por incitación al suicidio. Las serpientes-terapeutas por practicar terapias ilegales. Ahora hablan desde sus celdas y se lamentan de lo cambiado que está el mundo.

A mi hermano no le parece justo que las serpientes acaben en celdas contiguas. Le digo que el mundo es injusto y pienso en sus ojos.

La primavera se acaba, las flores caen con desgana sobre las jardineras, el calor se pega en los cristales y luego se pega la lluvia y más tarde la nieve y el vaho de nuestros cuerpos contra la ventana. Cuando abro los ojos y parpadeo, mi hermana pequeña ya tiene dientes y se mete las manos por debajo del pantalón para tocarse.

Mi hermano cumple ocho y sabe leer. Le regalo los cuentos de Beatrix Potter en braille para su cumpleaños y, justo cuando le estoy dando los libros y hablándole de *Perico el conejo*, sentados alrededor de la mesa, ocurre una desgracia. Nuestro conejo muere. Soy la

primera que lo ve caer fulminado sobre el suelo, panza arriba; luego mi madre contempla la escena con la boca abierta. «Dios mío», dice. Y mi hermano se gira porque no sabe qué ha sucedido. Antes de que la pequeña se ponga a llorar, mi madre la agarra en brazos y sale del comedor corriendo. «¿Qué pasa?», pregunta mi hermano. Y es mi padre el que contesta: «Tu hermana pequeña acaba de cortarse con un cuchillo y se ha asustado».

Después de decirlo, mi padre se levanta con cautela, recoge al conejo del suelo, se lo acerca al oído para asegurarse de que está muerto y me hace una seña para que lo acompañe a la cocina. Voy a desgana, pero voy. En la cocina mi madre está aupando a la niña, que me mira con lagrimones.

No le diremos lo del conejo al hermano, dice susurrando mi madre.

¿Por qué no?, digo yo.

¿No te parece que ya tiene suficiente con lo que tiene?

La frase de mi madre me da un escalofrío, pero termino cediendo por cansancio y porque mi hermano está preguntándonos desde el comedor qué ocurre, por qué nos hemos ido todos, y tengo una urgencia de regresar con él. Antes de salir por la puerta susurro: «Va a darse cuenta de que no está el conejo en cuanto quiera acariciarlo».

Así que mi padre, que todavía tiene el conejo muerto en las manos –la cabeza del animal se desploma, acentuando una trágica caída–, mete el cuerpo en una bolsa de basura, coge las llaves del coche y se va.

No tarda mucho en llegar con un conejo casi idéntico, ya adulto y vivo. En ese lapso de tiempo que pasa, mi madre y yo nos ponemos a leer con mi hermano para entretenerle. Mientras leemos pienso en que mi hermano no nos verá morir, pienso que nunca tendrá esa certeza que se tiene cuando despides un cuerpo muerto. La de los labios amoratados que se alejan.

Por la noche mi padre llama a la puerta y entra en mi habitación. Trae la bolsa de basura donde metió al conejo antes de irse. «Toma», me dice. «Iba a tirarlo, pero he pensado que quizá quieras enterrarlo tú». No se me había ocurrido, pero es algo que quiero hacer, así que le doy las gracias.

Salgo al jardín con una linterna y el mechón de pelo que le arranqué a la niña rubia hace ocho años. Cavo un pequeño hoyo en un trocito de tierra. Introduzco al conejo, el mechón, y araño un poco de mi piel antigua para desprenderme así de todo lo que una vez me importó.

Mi hermano no tarda en darse cuenta de que le hemos engañado. Al día siguiente aparece por la cocina y nos suelta: «¿Dónde está mi conejo?, ¿por qué me habéis mentido?». Para mostrarnos lo decepcionado que está con nosotros decide ser mudo por unas semanas. No habla, apenas sale de su cuarto. Lo último que nos dice es: «No me tratéis como a un inválido». La frase se queda pegada a las paredes de la casa y resuena cuando subimos la escalera. El pasillo es ahora un corredor lleno de ojos que nos culpabilizan. Oigo llorar a mi madre alguna noche. Oigo caer alguna noche un objeto en la habitación de mi hermano y pienso que es su corazón.

Resuelvo que solo lo podemos solucionar consiguiendo un conejo con el que pueda identificarse. No digo inválido, por supuesto, digo un conejo superviviente. Pongo anuncios en Google: «Se busca conejo ciego». Miro los anuncios de las protectoras de animales. Y al poco aparece. Un conejo rescatado de un laboratorio.

Mi padre y yo vamos a la protectora y volvemos con el conejo ciego. Como mi hermano ya sabe leer, esta es la última historia que le cuento:

Conozco la historia de un conejo. Un conejo que fue atrapado por las serpientes-humanos. Lo encerraron en una jaula. Lo sometieron a experimentos, hasta que se quedó ciego. Tuvo suerte, los conejos siempre mueren en ese tipo de experimentos. No se abrieron las madrigueras, los otros conejos no pudieron hacer fuego. Pero, de vez en cuando, un conejo-humano sale a la calle, rescata a los conejos-conejos, se sienta a la mesa y se niega a comer la carne de sus *mediohermanos*.

Cuando termino de contar la historia, me parece ver en el rostro de mi hermano la seriedad de alguien que ha crecido de súbito veinte años. No aplaude ni acaricia al conejo ciego que tiembla desorientado cerca de él, pero al rato abre la boca y dice «estoy cansado de los putos conejos y de tus putos cuentos *wokes*, lo único que yo quiero es una serpiente».